

Editorial

UNA VISIÓN AMPLIA SOBRE LA CONFORMACIÓN DE LAS COMUNIDADES ACADÉMICAS

GERMÁN GUTIÉRREZ¹

Con frecuencia pensamos en las comunidades académicas como conformadas por profesores y estudiantes. No es difícil comprender el origen de esta idea, ya que desde su fundación las universidades se conformaron alrededor de la relación maestro-alumno. Desde la primera universidad en Bolonia (Italia) en el siglo XI, es ésta relación la que ha definido a la empresa del saber, diferenciada de otros tipos de organizaciones centradas en el poder (i.e., el Estado), la fe (i.e., la Iglesia) y la propiedad (i.e., la empresa privada). Tampoco es difícil reconocer el papel activo que profesores y estudiantes juegan en la actividad académica cotidiana, en actividades pedagógicas, de investigación y alcance a la sociedad (Jofré, 1998).

Menos reconocido, sin embargo, es el papel en las comunidades académicas del personal administrativo, egresados y profesores pensionados. En el primer caso, se ignora el valor esencial que juega la buena gestión y administración de las actividades de enseñanza e investigación. El supuesto más común es que la administración ofrece puramente un papel de soporte a las actividades académicas y que si dicho soporte es adecuado todo va a marchar bien y viceversa. En esta visión, el término que mejor describe a la administración es “burocracia”, con las connotaciones derogativas del término y las implicaciones de una relación en frecuente contradicción de visiones sobre la academia; en otras palabras, el burócrata parece tener un único propósito en la vida y es interferir con las sublimes actividades de los académicos (ver Sinderman, 1982). Esta visión es equivocada y puede llevar a errores importantes con consecuencias de diverso término y nivel. En primer lugar, suponer un papel de soporte únicamente conduce a limitar la formación y acción del personal administrativo a áreas específicas como las tareas contables y la gestión documental. En

¹ Ph.D., Departamento de Psicología, Universidad Nacional de Colombia.
gagutierrezd@gmail.com

segundo lugar, los académicos mismos no suelen recibir formación que les permita asumir con adecuada habilidad tareas de gestión administrativa, desde los grupos de investigación hasta los niveles más altos de las jerarquías institucionales. Así, la calidad de dicha gestión depende altamente de las capacidades y habilidades personales de quienes asumen estas tareas en ambientes académicos, con una consecuente variedad que va de la excelencia al desastre. Los efectos de una inadecuada administración en ambientes académicos han sido reconocidos por diversos autores y una pequeña pero creciente literatura empieza a mostrar experiencias exitosas, estudios comparativos y una comprensión por los factores relevantes en la administración de la ciencia y los científicos (ver Sapienza, 2004).

Un segundo grupo de la comunidad académica frecuentemente olvidado es el conjunto de egresados. Sus vínculos con las comunidades son más emocionales que académicos o de otro orden, y tienden a ser informales y esporádicos. En los últimos años las universidades en Latinoamérica han hecho un esfuerzo creciente por acercarse a sus egresados, siguiendo requerimientos de evaluación de la calidad institucional. Dicho acercamiento se centra en la recolección de información sobre su estatus laboral y en relación con lo anterior, en provisión de información sobre oportunidades de empleo. Un tercer tipo de acercamiento es frecuente en algunas instituciones, en la oferta de educación continua o de formación de postgrado en los propios programas de la institución. Este último representa ciertos riesgos por la endogamia formativa que representan, afectando de manera importante, aunque ignorada, la calidad académica de dichos programas.

La ventaja de esta estrategia de vinculación de los egresados con la institución es comercial; mantienen un mercado cautivo de sus vínculos emocionales en un contexto como el nuestro en el que la oferta académica es muy variada y el público tiene serias dificultades para distinguir adecuadamente la calidad de dicha oferta, o está dispuesto a ignorarla por razones pragmáticas relacionadas con la obtención de títulos que no son discriminados por el mercado laboral.

Los egresados pueden ser un punto de referencia importante sobre las bondades y limitaciones del currículo. En este sentido pueden sugerir competencias que deben ser reforzadas o replanteadas mediante acciones curriculares o extracurriculares. También pueden ser una fuente de contacto con entes públicos y privados, favoreciendo la extensión del programa a la sociedad.

Los programas de egresados de instituciones educativas en Norteamérica centran sus acciones en dos áreas: beneficios para los egresados y contribuciones de éstos a la institución. Los primeros apuntan a su participación en programas deportivos, culturales y sociales. Los segundos, a la recolección de recursos, a la acción política a favor de la institución y a la promoción del prestigio institucional. Más allá de que esta política de relación con los egresados sea cuestionable en alguna medida, ambos refuerzan un sentido de pertenencia que nuestras universidades apenas empiezan a vislumbrar como un activo institucional.

Finalmente, los pensionados constituyen un grupo ampliamente ignorado en las comunidades académicas. Las relaciones de los pensionados con sus antiguas comunidades de referencia pueden ser ambiguas, su rol indefinido, sus motivaciones ambivalentes. Quizás por todo esto, la tendencia más clara es a no vincular a dicho grupo en las actividades cotidianas, ignorando de paso algunas áreas de posible interacción. Quiero sugerir dos áreas en las que los programas y comunidades académicas podrían beneficiarse de los pensionados: las relaciones con la sociedad en general, en particular mediante la extensión, y las relaciones extra-institucionales, que incluyen la representación institucional en entes simbólicos o de decisión. A veces también pueden asumir tareas derivadas de su experiencia docente o de otros órdenes, en la formación del cuerpo docente más joven.

La sugerencia que puede derivarse de las anteriores observaciones no es que la actividad de la comunidad académica esté saturada de participantes, sino que identificar y hacer buen uso de los beneficios que ofrece cada grupo de dicha comunidad puede contribuir a su crecimiento, reconociendo sus roles cambiantes y limitados, así como los beneficios que estos nuevos roles pueden traer a dicha comunidad y a los individuos participantes. Las comunidades académicas, definidas en un sentido estrecho encuentran dificultades para identificarse a sí mismas, para realizar su trabajo en forma eficiente e incluso para tener un contacto adecuado con la sociedad en la que están insertas. Una ampliación de dicha definición, no retórica sino práctica, puede ayudar a abordar algunos de estos problemas y a favorecer una dinámica enriquecedora para la empresa de la producción y transmisión del conocimiento, en perfecto acuerdo con los principios que han gobernado a la universidad desde su fundación: una misión centrada en el saber, libertad o autonomía para perseguir esta misión y una orientación hacia el servicio público. No hay duda de que el maestro y el estudiante siguen siendo el corazón de la comunidad académica, pero tampoco la hay de que la gran complejidad que caracteriza hoy a las instituciones del saber, requiere de una ampliación de dicha comunidad para llevar a cabo su misión.

Referencia

Jofré, A. (1998). *La Universidad en América Latina*. 2ª edición. Cartago, Costa Rica: Editorial Tecnológica de Costa Rica.

Sapienza, A. M. (2004). *Managing scientists. Leadership strategies in scientific research*. 2ª edición. Hoboken, NJ: Wiley-Liss.

Sinderman, C. J. (1982). *Winning the games scientist play*. New York: Plenum Press.